

cuando se acuerda. Esta tarde
se acercó á mí, y con los ojos
que parecían saltársele,
me dijo: «Oiga, Rufina:
usted, que todo lo sabe,
¿qué pena tiene el que mata
á su suegra?» «¡Por Dios, cálmese;
pena, ninguna... al contrario,
una alegría muy grandel!»
Esto le ocurre á menudo;
luego acaba por rogarme
que le de una *perra* chica,
y yo, que tengo un carácter
que me pierde, porque no
puedo ver necesidades,
le digo siempre: «No tengo;
el que quiera que lo gane.»

(En este momento las cantaoras y el tocaor suben al
tabladillo; se produce mucha animación entre los pa-
rroquianos, y dice la Jaleadora.)

JAL.

Que va á cantar la Rosario,
caballeros, á callarse.

Música

Ros.

Todas las penas del mundo
no igualan con esta mía,
que se me pasa llorando
toda la flor de mi vía.

¡Ay!...

—

Un día he preguntado
á la violeta, ¡que ya!
á la violeta,
si para el mal de amores,
¡jé y jál había receta,
¡já y jó!
¡elé, ólé! había receta,
¡que ya!
Me ha respondido,
que para el mal de amores,
¡jó y jál!